

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Badajoz, al mes, ptas. » 50
Fuera, trimestre..... 1 50
Extranjero, al año..... 8 »
Número suelto..... » 10
Idem atrasado..... » 25

Anuncios y comunicados
á precios convencionales.

PAGO ANTICIPADO

Administración:

IMPRESA DE GASPAR HERMANOS

Santo Domingo, núm. 41

Badajoz

LA LID CÁTOLICA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Director y Propietario: Don Anselmo Juan y Baldó.

ADVERTENCIAS.

Los cambios y correspondencia no administrativa á nombre del Director-Propietario.

Los escritos se publicarán bajo la responsabilidad de sus autores.

No se devuelven los originales.

Se dará cuenta de toda obra que se reciba.

No se ha de agradecer á los hombres en lo que sea contra la fé, contra la honestidad, contra la religión. (San Julián de Toledo.) El cristiano ha nacido para la lucha, y cuanto ésta es más encarnizada, con el auxilio de Dios, más segura es la victoria. (León XIII) Cuando se escribe contra los vicios, sin nombrar á las personas, todo aquel que se enoja se acusa á sí mismo. (San Jerónimo.)

CARTA

DE LA SANTIDAD DE NUESTRO SEÑOR

LEÓN

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII

Á LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS DE ESPAÑA,
ITALIA Y AMBAS AMÉRICAS

SOBRE CRISTÓBAL COLÓN

A nuestros venerables hermanos
los Arzobispos y Obispos
de España, Italia y ambas Américas

LEÓN PAPA XIII

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y APOSTÓ-
LICA BENDICIÓN



Terminarse el cuarto siglo de los transcurridos desde que un hombre nacido en la Liguria abordó el primero, bajo los auspicios de Dios, las desconocidas playas trasatlánticas, apréstase las gentes á celebrar la memoria de tan fausto acontecimiento y á enaltecer á su ator. Y ciertamente que no es fácil encontrar causa más digna de exaltar la admiración en las inteligencias y despertar el entusiasmo en los corazones. Porque hecho de por sí más grande y maravilloso entre los hechos humanos, no lo vió edad ninguna; y con quien lo llevó á cabo, en grandeza de alma y de ingenio, pocos entre los nacidos pueden compararse.

Por obra suya, del seno del inexplorado Océano surgió un Nuevo Mundo; inmensa multitud de criaturas volvieron desde las tinieblas y el olvido en que yacían á formar parte de la sociedad humana, trocando la ferocidad del salvaje por la suavidad de costumbres y la civilización; y logrando, beneficio incomparablemente mayor, pasar, por medio de la comunicación de aquellos bienes sobrenaturales que Jesucristo dejó establecidos, desde los caminos de la perdición á la esperanza de la vida eterna. Europa, entonces atónita ante la novedad y maravilla de aquel acontecimiento inesperado, llegó sólo á conocer lo que debía á su autor cuando, colonizadas las Américas, establecidas incesantes comunicaciones, relaciones recíprocas y mútuos cambios marítimos, el conocimiento de las ciencias de la naturaleza y la común riqueza y abundancia adquirieron un increíble aumento, creciendo poderosamente á la par la autoridad y el prestigio del nombre europeo.

No podía, por lo tanto, en esta múltiple diversidad de honrosas manifestaciones y en este grato concierto de voluntades, permanecer silenciosa sólo la Iglesia, que, por costumbre y por ley, aprueba siempre de buen grado todo lo que es honesto y laudable, y se esfuerza en protegerlo y fomentarlo. Reserva ésta, en verdad, los supremos honores á aquel orden de virtudes morales heroicas que se refieren directamente á la salvación eterna de las almas; pero no por eso desdeña ni tiene en poco las que son de otro orden; antes bien, acostumbró y se mostró siempre dispuesta á favorecer y á honrar á los hombres que han merecido bien de la sociedad civil y han legado á la posteridad un nombre glorioso. Ciertamente que Dios es admirable, principalmente en sus Santos; pero las huellas de la virtud divina aparecen también impresas en aquellos en quienes resplan-

dece la luz del genio y el vigor y la elevación del alma, porque estas dotes extraordinarias sólo proceden de Dios, primer autor y creador de todas las cosas.

Pero hay además otra razón, y razón especial y principalísima, para que celebremos y con acción de gracias recordemos la inmortal empresa. Y es que Colón es de los nuestros, y que por poco que nos fijemos en la causa que principalmente le movió á explorar el mar tenebroso, y en el motivo que le indujo á llevar hasta el fin su empeño, vemos de una manera indudable que este móvil principal fué la fé católica siendo éste, por lo tanto, un nuevo y no pequeño título de la Iglesia á la gratitud del género humano.

Ciertamente que antes y después de Cristóbal Colón se cuentan no pocos esforzados y experimentados varones que exploraron con ahinco desconocidas tierras y aún más desconocidos mares; y es justicia que la humanidad, reconocida á sus beneficios, proclame siempre sus nombres, porque ellos extendieron los confines de la ciencia y de la civilización y acrecentaron el público bienestar, no á poca costa, sino al precio de muchas fatigas, y muchas veces de graves peligros.

Hay, sin embargo, entre ellos y el varón de que tratamos, gran diferencia. Lo que principalmente distingue á Colón es que, al ir y al volver á través de los inmensos espacios del Océano, llevaba miras más altas que llevaron nunca los demás. No que dejara de moverle el ansia noble de saber y merecer bien de la sociedad humana, ni que despreciarse la gloria, cuyos ardorosos estímulos suelen principalmente avivarse en las almas más grandes, ni que renunciase á toda esperanza ó deseo de obtener para sí ventajas materiales, sino porque sobre todos estos móviles humanos prevaleció en él el sentimiento de la Religión de sus mayores, que fué la que sin duda alguna le dió inspiración y aliento para llevar á cabo su empresa, y le sostuvo y confortó en las grandes dificultades y peligros de que se vió rodeado. Porque consta que el principal pensamiento y el principal propósito que estaba arraigado en su alma era éste: abrir camino al Evangelio por nuevas tierras y por nuevos mares.

Lo cual puede parecer poco verosímil á aquellos que, encogiendo su espíritu y encerrándolo en los límites del orden sensible, no quieren elevar la vista á miras más altas. Pero, por el contrario, las grandes almas se remontan cada vez más y más sobre las cosas, porque son las más dispuestas á las santas inspiraciones y entusiasmos de la fé divina. Colón había unido el estudio de la naturaleza con el estudio de la Religión, y su mente y su corazón se habían formado á la luz y al calor de las creencias católicas. Por lo que, convencido por argumentos astronómicos y por antiguas tradiciones de que al Occidente, más allá de los límites del mundo conocido, existían grandes regiones por nadie hasta entonces exploradas, su ánimo veía á la vez una gran multitud de seres sumidos en pavorosas tinieblas y entregados á los ritos y supersticiones idolátricas. Misericordia grande á sus ojos vivir como feroces salvajes; pero miseria mayor aún la de ignorar las cosas más importantes de la vida y vivir en la ignorancia del verdadero Dios. Fijos en su alma estos sentimientos, el principal propósito de Colón fué siempre, así lo demuestra superabundantemente la historia de estos hechos, el extender por Occidente el nombre de Cristo y los beneficios de la caridad cristiana.

Así, al dirigirse por primera vez á los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, para que no desmayasen ante la magnitud de

la empresa, les expuso abiertamente cuán impercedera sería su gloria llevando el nombre y la doctrina de Jesucristo á tan remotas regiones. No mucho tiempo después logrado su propósito, escribe que pide á Dios que los Reyes, ayudados por la Gracia Divina, perseveren en llevar á nuevos mares y playas la luz del Evangelio. En las cartas que dirige al Pontífice Alejandro VI instándole á que envíe misioneros á América, le dice: *Confío, con la aguda de Dios, en poder ya propagar ampliamente el sagrado Nombre y el Evangelio de Jesucristo.* Y parecemos que debía sentirse arrebatado del gozo cuando, al volver de su primer viaje, escribía desde Lisboa á Rafael Sánchez: *Demos gracias inmortales á Dios, que nos otorgó benigno tan próspero suceso: gócese y triunfe Jesucristo en la tierra y en el Cielo, pues está ya tan próxima la salvación de innumerables gentes que hasta ahora vivían en la perdición.* Que si pide á Isabel y á Fernando permitan sólo á los cristianos católicos navegar en el Nuevo Mundo y establecer allí comercio con los indígenas, dá por razón de esta súplica que el principio y fin de su empresa fué siempre solo el incremento y el honor de la Religión cristiana.

Y así lo comprendió plenamente Isabel, leía mejor que nadie en la mente del preclaro varón, como es también de toda evidencia que éste fué el decidido propósito de aquella piadosísima, varonil y excelsa mujer. De Colón aseguraba la reina *afrotraría valerosamente el vasto Océano á fin de llevar á cabo una empresa de gran importancia para la gloria de Dios; y al mismo Colón, de vuelta de su segundo viaje, le escribía que no se podía haber dado mejor empleo á los gastos que se habían hecho y á los que estaba pronta á hacer para la expedición de las Indias, porque así se conseguiría la difusión de la Cristiandad.*

¿De dónde, por otra parte, fuera de esta causa superior, habría de haber alcanzado Colón aquella fortaleza y perseverancia de espíritu que se vió obligado á desplegar hasta llevar á cabo su empresa? Los pareceres contrarios de los sabios, las replusas de los príncipes; las tempestades del Océano; las incesantes vigiliias, en las que más de una vez temporalmente perdió la vista, todo se volvía contra él. Añádanse luego los fieros encuentros con los salvajes, las infidelidades de los amigos y compañeros, las conspiraciones villanas, la perfidia de los envidiosos, las calumnias de los malévolos y las inmerecidas prisiones.

Forzosamente tenía que haber sucumbido Colón bajo el peso de tantos y tan grandes trabajos reunidos, si no le hubiese sostenido siempre la idea de lo noble y lo digno de su empeño, al cabo del cual veía grandemente glorificado el nombre cristiano y multitud infinita de almas salvadas. Y esto aparece con gran luz y claridad en la historia. Porque Colón descubrió América en los momentos en que una gran tormenta se cernía sobre la Iglesia; y en cuanto pueden conocerse los designios de la Divina Providencia por el curso que siguen los sucesos, parece especial disposición de Dios la de haber suscitado á este hombre, honra y prez de la Liguria, para que con la empresa que llevó á cabo compensase en gran parte los daños que el Catolicismo iba á sufrir en Europa.

Atraer los indios al Cristianismo era misión y deber propio de la Iglesia; y este deber, que principió á cumplir desde los primeros momentos del descubrimiento del Nuevo Mundo, lo siguió y lo sigue siempre cumpliendo con constante caridad y celo, habiendo llevado su acción en estos últimos años hasta los confines de la Patagonia. Colón fué, sin embargo, quien, movido por el deseo de

preparar y facilitar el camino á la difusión del Evangelio, y fija siempre la mente en tal propósito, dispuso todo á este fin, no haciendo cosa que no fuese conforme con la Religión y no estuviese inspirada por la piedad. Recordamos hechos de todos conocidos, pero que sirven grandemente para descubrir los designios del insigne varón que celebramos.

Obligado á abandonar, sin haber logrado nada, á Portgal y á Génova, y habiendo regresado de nuevo á España, maduró al amparo de un convento su alta empresa, viéndose animado en sus propósitos por un Franciscano, sabedor de sus proyectos. Transcurridos siete años y llegado el momento de la partida, procura solicito fortalecer su ánimo con los divinos auxilios; replica á la Reina del Cielo que proteja su intento y lo conduzca á feliz término; y no se dan sus naves á la vela sin invocar antes el nombre de la Santísima Trinidad. Ya en la alta mar, en medio del embravecimiento de las olas y de las imprecaciones de los marineros, conserva inalterable su serenidad y su firmeza, poniendo en Dios toda su confianza. Revelan sus propósitos los nombres que dá á las islas que descubre; y al desembarcar en cada una, después de haber adorado á Dios, toma posesión de ella en nombre de Jesucristo.

A donde quiera que aborda, su primer cuidado es lavar la cruz en la orilla: el sacratísimo nombre del Redentor, tantas veces ensalzado y celebrado al compás del rumor de las olas, suena el primero en su boca en las islas que va descubriendo; y, á la usanza española, el primer edificio que levanta es una iglesia, y el principio de los regocijos populares una función religiosa.

He aquí, pues, lo que se propuso y llevó á cabo Colón al aventurarse á explorar por mares y tierras remotos esas regiones hasta entonces incultas y desconocidas, y que después en civilización, en influencia y en prosperidad llegaron en poco tiempo á la altura á que hoy las vemos.

La grandeza del hecho y la importancia y diversidad de las beneficiosas consecuencias que produjo nos impone el deber de hacer grata memoria de aquel hombre y darle toda muestra de honor; pero lo que ante todo debemos es reconocer y venerar de una manera especial los altos designios de la Providencia Divina, á la que sirvió de instrumento consciente y fiel el insigne descubridor del Nuevo Mundo.

Por esto, para que las fiestas que en memoria de Colón se hagan sean dignas y de acuerdo con la verdad, al esplendor de las pompas civiles debe acompañar la santidad de la Religión. Y así como en otro tiempo, al primer anuncio del descubrimiento del otro mundo re rindieron á Dios, providentísimo é inmortal, públicas acciones de gracias, siendo el primero en dar el ejemplo el Soberano Pontífice, así ahora, al renovarse la memoria de aquel faustísimo suceso, creemos deber hacer lo mismo.

Ordenamos, pues, que en el día 12 de Octubre próximo, ó en el Domingo siguiente, si así lo dispusiera el Ordinario del lugar respectivo, se cante después del Oficio del día la Misa solemne de la Santísima Trinidad en todas las iglesias catedrales y colegiadas de España, de Italia y de ambas Américas. Respecto á las demás naciones, confiamos que en todas ellas se hará lo propio por la intervención del Obispo respectivo, pues justo es que, lo que redundó en beneficio de todos; por todos sea piadosa y gratamente celebrado.

Entre tanto, como prueba de los divinos auxilios y como testimonio de nuestra paternal benevolencia, á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro Clero y

á vuestro pueblo, damos amorosamente en el Señor nuestra bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 16 de Julio de 1892, de nuestro Pontificado el año décimoquinto.

LEÓN, PAPA XIII.



HAGAMOSLO ASI

3 DE AGOSTO!... Entramos en el período que váse á dedicar, con gran contento de todo buen español, á celebrar uno de los hechos que más abri-llantan las ya de suyo brillantísimas pá-ginas de nuestra historia patria: el cuar-to centenario del descubrimiento del Nue-vo Mundo.

Acontecimiento es éste que llena de justo y natural orgullo al pueblo español, pueblo como el que más amante de sus glorias nacionales, pues á España, re-presentada por Reyes Católicos, se le debe, humanamente hablando, el hecho más grande y más bello que el género humano haya visto nunca, como dice el Papa, llevado á cabo á la sombra de la bandera española. Y no se olvide que ésta, bajo la enseña de la Cruz, cuenta muchos y gloriosos hechos y triunfos.

Aquí, á este noble y católico pueblo, después de recibir desaires de otras partes, incluso (y el primero) de su propia patria, vino Cristóbal Colón, cuyo nombre dice más que cuantos calificativos le aplicásemos, á ofrecer «sus presentimientos».

Colón encontró favorable acogida entre el elemento clerical, tan vituperado por los sectarios de color más ó menos subido, y gracias á los frailes le fué más y más factible el logro de sus deseos. Oigámosle: «Cuando yo era objeto de risa y de burla para todos, dos monjes solamente me comprendieron y me fueron adictos.»

La impiedad que no puede por menos, que ver en este gran acontecimiento un triunfo magestuoso de la Religión y de la España Católica, no ha dejado de querer, valiéndose de sus sabidos medios, empañar el hermoso esplendor de aquel suceso.

Por fortuna, la historia no falseada, ni escrita á gusto de convenciones más ó menos libre-pensadoras, demuéstranos claramente la salvedad de los trabajos de las sectas, entre ellas, y en muy principal lugar, la masónica-libre-pensadora que, con una sin igual frescura (y ahí está el número 503 de *Las Dominicales*), dice que el descubrimiento de América es el triunfo del libre-pensamiento sobre la Religión.

No es ahora y en este escrito nuestro ánimo entrar en discusión; así, pues, hagamos constar este despropósito, y sigamos.

A la vista está lo que se dice por los que todo quieren arrogárselo, y á poco trabajo, tal es su valor, capaces son de decir que Cristóbal Colón era de los suyos... Ahora bien; Pío IX llamó al ilustre genovés «siervo de Dios que emprendió sus viajes llevado del deseo de pro-pagar la fe católica», y claro está que entre la afirmación fundada (como después veremos, dado las prácticas religiosas del gran marino) del inmortal Pontífice, y los *arrogillos* de los enemigos del catolicismo, la elección no es dudosa.

En el descubrimiento del Nuevo Mundo tuvo la Iglesia una parte muy principal. Si Cristóbal Colón pudo hacer los estudios, causa de sus «presentimientos», se debe á que la Iglesia, conservadora y sostenedora de todo bien, conservó, en medio de la barbarie de los tiempos, las ciencias de que aquel se aprovechó.

Cristóbal Colón estaba poseído de las doctrinas de la Iglesia Católica; la fe sostuvo. Dando de ello testimonio, oyó misa y se fortaleció en la sagrada mesa; las carabelas se dieron á la mar en nombre de Jesucristo Nuestro Señor; en la travesía, todas las tardes y sobre cubierta, se cantaba la *Salve Regina*; al poner pié en tierra su primer cuidado era implantar la Cruz, signo de nuestra redención, y ¡qué más!, nada, pues son hechos conocidos y no hemos de recargar este cuadro.

¿No dice nada todo esto? Argúllase lo que quiera, pero los hechos, hechos son.

Prueba grande es todo esto de que Colón no era, como se afirma por... cualquiera, demostrador de «que solo rompiendo las ligaduras del error religioso» (católico, ¿verdad, *Seoras Dominicales?*) y entregándose resueltamente á la di-

rección de la sabiduría experimental, «puede el poder civil realizar obras grandes y fecundas», y si, por el contrario, una de las muchas figuras que con su religiosa conducta han demostrado que la fe, hermosísima antorcha que ilumina las inteligencias, que nos dice el Apóstol, puede ser y es causa de la realización de grandes y fecundas obras. ¡Cuánto no debe el mundo á hombres de fe!

Descubrióse el Nuevo Mundo, y la sed de riquezas, se apoderó de algunos, y se trataba mal á los hijos del país; pero la Iglesia, fiel á sus principios de derecho de libertad, lavantó su voz, siempre valiosa, para evitar semejante atropello. Paulo III publicó dos breves, los religiosos lucharon cristianamente, y, por tanto, con valor, en defensa de los indios, distinguiéndose en esta liza el Padre Las Casas, franciscano, y el Padre Antonio Vieira, jesuita. Y qué ¿no es harto sabido que el Cardenal Jimenez de Cisneros tomó toda clase de medidas favorables para la conversión y bienestar de aquellas tribus salvajes?

Negar la gran parte y misión que corresponde á la Iglesia Católica en el descubrimiento de América, no es otra que negar un hecho clarividente, como el que más, y, sin embargo, ¡la locura anti-religiosa llega al extremo de hacer semejantes negociaciones!

Á la Iglesia corresponde la gloria y honra del descubrimiento, pues ella inspiró y dió los medios para la realización de tan atrevido pensamiento, pues «la idea—copiamos—que Colón concibió del mundo, nació de la vida misma de la Iglesia en la Edad Media. La Edad Media gira toda entera alrededor de la Iglesia; ella es el centro de sus movimientos, el punto de partida y el término de sus empresas.» Á la Iglesia se debe la verdadera libertad de que gozan aquellas regiones: siempre luchando, siempre llevando á los pueblos la luz del cielo, venció grandes obstáculos y quedó sembrado el bien que hoy más que ayer se cosecha felizmente.

Cristianar quel país fué la única vía que mostró la Iglesia que podía asegurar el resultado y dignidad de tan grandiosa empresa; y en verdad que así es, y el Nuevo Mundo hubiese sido evangelizado, cual cumplía á los deseos de la Iglesia, á no mediar el protestantismo, que logró paralizar por mucho tiempo la propagación de la fe; pero, por fortuna, el nefando protestantismo con su intolerancia sectaria no pudo paralizar tan excelente obra más que por un período de tiempo, y al fin aquel país ve acrecentarse de día en día en él á la Iglesia. No se pierda de vista, pues es dato importante que América es país en el cual la masonería tiene acaso más hondas raíces.

Ahora bien; ya que celebramos con inmenso júbilo el cuarto centenario del descubrimiento de América; ya que hace cuatro siglos que el intrépido Colón salió del puerto de Palos y llevó al nuevo país el signo de nuestra redención, elevemos al Cielo nuestras preces para que ya que no somos hermanos en nacionalidad, por determinadas causas, que no queremos calificar, que lo seamos en religión.

Y si tantas ocasiones se nos presentan para rendir tributo de amor y de admiración á nuestra Sacrosanta Religión, la presente es una que por sus especiales circunstancias ocupa señalado lugar, y, por tanto, muy justo es que al celebrar este centenario y en él rendir justo homenaje de recuerdo á Colón, no olvidemos lo que á la Iglesia somos deudores, pues repetimos, dígame lo que se quiera por los *espíritus fuertes*, que la Iglesia ha tenido en el descubrimiento de América, una gran misión.

Y si así lo fué en el nacimiento á vida civilizada de aquellas tribus salvajes, así sigue siendo, y ahora se asocia, cual no podía por menos, á estos festejos. Á la cabeza de este número nos honramos con publicar la Carta Encíclica de Su Santidad, y el «Apostolado de la Oración» dedica su intención á «las Iglesias de América y en su oración cotidiana se lee: «Os las ofrezco (las obras y trabajos del día) en especial para que entre los fieles del Nuevo Mundo se desarrolle incontrastable el espíritu católico que animaba á Colón y á los primeros conquistadores.»

Así, pues, ¡Gloria á Colón! ¡agradecimiento á la Iglesia Católica!

A. Juan y Baldó.

LA AURORA DEL GRAN DIA

TERMINABA el invierno. En uno de esos días del año 1485, caminaban á pié dos viajeros en dirección á Huelva. Era el uno de edad madura «de buena estatura y aspecto; más alto que mediano; y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes de su cuerpo de buena proporción; el caballo muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa (1)»; niño de 8 á 10 años el otro. Ambos iban pobrisimamente vestidos y el cansancio y la fatiga se revelaba en su pausada marcha.

¿Quién es ese anciano? Es un marino extranjero, muy versado en el latín, matemáticas, astronomía y cosmografía; que ha estudiado con gran detenimiento la Sagrada Escritura y Santos Padres, los filósofos griegos y latinos, los geógrafos de más autoridad, y la tradición; que ha recogido con avidez cuantas noticias, indicios ó escritos pudo encontrar de Benjamín Tudela, Alfonso Sanchez de Huelva, Marco Polo, Martín Brehaim y de otros navegantes entonces famosos por sus atrevidas excursiones, especialmente de Bartolomé Palestrelo, descubridor de las Ter-ceras, con el que le unían estrechos lazos de parentesco. Es un genio que ha concebido el proyecto de llegar al continente Asiático, atravesando el gran Océano Atlántico, hasta entonces inexplorado. Es un ser providencial que va de nación en nación ofreciendo un mundo desconocido, y en Génova y Venecia, en Inglaterra y Portugal ha sido calificado de vano proyectista ó de loco presuntuoso. Ese anciano es el gran Cristóbal Colón, que, abandonando secretamente la corte portuguesa en los últimos días de 1484, vá, sin más auxilio que el de Dios, llevando á su tierno hijo D. Diego, en busca de otro genio que pueda comprenderle y ayudarle.

¡Tengo hambre! ¡tengo sed! exclamó con voz algo enronquecida el niño. Paróse Colón, tendió la mirada sobre el paisaje que tenía delante, y dos lágrimas de esperanza asomaron á sus ojos: había visto uno de esos edificios cuya forma peculiar manifiestan quiénes son sus moradores; edificios que con muda elocuencia siempre están diciendo al desvalido, ven, aquí encontrarás medicina para el espíritu enfermo, alimento para el cuerpo debilitado, lecho en donde descansar, consejos si los ha menester; ven que esta casa es casa de Dios y Dios es caridad: edificios cuyo solo recuerdo basta á exaltar la bilis de los *espíritus fuertes* que, con la filantropía y la fraternidad en los labios, tratan de matar la caridad y de encender el odio en los corazones, de los que quieren derrocar el espíritu de Cristo de su legítimo trono y poner en su lugar el espíritu de Satanás. En una palabra, Colón había visto un convento, el convento de la Rábida.

Hacia él dirigió sus pasos el peregrino, y poco después descansaba con su hijo en la portería, donde un lego con tierna solicitud les proporcionaba el sustento necesario.

Meditaba el anciano, el niño comía, el lego esperaba.

Un fraile que pasa á corta distancia abarca con una mirada el cuadro, se detiene un momento. Aquel fraile era el prior del monasterio, Fr. Juan Perez, el humilde, el virtuoso, instruido y de altos pensamientos Fr. Juan Perez, y, atraído por la magestuosa presencia del extranjero que contrastaba con la pobreza del trage, se acerca. Colón que lo advierte, va al encuentro del franciscano, bésale el cordón y se hiergue.

Fraile y marino frente á frente se miran con interés: el primero cree ver en el extranjero algo extraordinario; el segundo adivina bajo aquel burdo sayal al hombre que necesita: y como si los deseos de saber en el uno, y de explicar en el otro, les uniera en la misma idea, pónense en movimiento, y el fraile guiando y el marino siguiendo, van á parar á una celdilla. En ella se encuentra casualmente el médico de la inmediata villa de Palos, algo versado en astronomía, y los tres personajes toman asiento en modestos y cómodos sillones de vaqueta.

En el animado y largo coloquio que sostuvieron, ganó Colón dos entusiastas admiradores de su estupendo proyecto, y, entre ellos, un protector decidido y de gran valía.

España estaba á sazón empeñada en lo más récío de la guerra contra los moros. Los reyes Católicos habían sabido avivar en los corazones de sus súbditos el en-

tusiasmo de que estaban ellos poseídos por arrancar la odiosa media-luna de los altos minaretes sustituyéndola por la enseña cristiana; por dar término á la reconquista de la patria, y en toda ella no se oía más que estruendo de armas, movimiento de tropas que se organizan ó marchan al combate.

El rey siempre está en los puestos avanzados al frente del ejército, y la reina, con un temple y grandeza de alma portentosos, ya organiza convoyes con municiones de boca y guerra para abastecer las tropas, como se presenta en medio de ellas, armada de cota y espada, para infundirlas aliento en los momentos más críticos.

Las circunstancias, pues, en que se encontraba nuestra patria eran contrarias á Colón porque, además, de los enormes gastos que la guerra causaba, no es—diré con un historiador—en medio del bullicio y la movilidad donde fácilmente se puede hacer comprender los pensamientos grandes y nuevos.

Así lo entendió nuestro héroe cuando, provisto de las recomendaciones de Fray Juan Perez, se presentó en el Puerto de Santa María al duque de Medinasiona: oyóle éste con interés y se penetró de la grandeza del asunto; más apenas le hubo oído, tuvo que partir para Córdoba á unirse con la hueste que salió (15 Abril 1485) á la toma de Coín y Ronda.

Colón quedó hospedado en el palacio y muy satisfecho del duque: habíale prometido el magnate interesar á la reina, y presentia que pronto tendría ocasión de hablarla. En efecto, á principios de 1486 celebró en Córdoba la primera entrevista con los Católicos reyes. Consecuencia de ella fué la junta de letrados y marinos para oír al extranjero que, receloso, explicó superficialmente los fundamentos de su proyecto. Colón abrió poco las verdades y dijo muchos errores—así se expresa un notable autor—y el proyecto fué desechado.

Sin embargo, la reina Isabel no desahució al proyectista, antes le dió esperanzas que fueron apoyadas por el gran cardenal Mendoza, Alonso de Quintanilla, contador mayor; la marquesa de Moya, íntima de la reina, Fray Antonio de Marchena y otros valedores de Colón, en particular fray Diego de Deza, maestro entonces del príncipe D. Juan, inquisidor y arzobispo de Sevilla después, que impaciente buscaba oportunidad de anular el dictamen dado en la Junta de Córdoba; oportunidad que encontró algunos meses después. En ocasión de estar los reyes en Salamanca, pasa allá el entusiasta Deza; habla á los frailes de San Esteban, reúne á los más distinguidos miembros del Claustro universitario y, en varias juntas de carácter privado, expone Colón detenidamente las bases de su proyecto que fueron aceptadas sin reservas.

Al saberlo Isabel la Católica, incorpora á su servicio al futuro almirante y resuelve acometer la empresa tan pronto como terminara la guerra empeñada, cuyo fin preveía.

Desde entonces observa nuestro héroe los progresos de las armas cristianas, y la toma de Vélez (3 Mayo 1487) á la que siguen muchas villas y fortalezas; la de Málaga (20 de Agosto), Vera, Cueva y otras poblaciones, le dicen que á medida que va desapareciendo la enseña mahometana, se acerca el día de su gloria. La impaciencia le acomete alguna vez y obra bajo su influencia; pero sus amigos, que ya son muchos en la Corte, y la conquis-ta de Baza, Almería, Guadix (4 al 21 Diciembre 1489), Almuñecar, etc. etc., y los preparativos para el cerco de Granada, le aplacan.

Este quedó establecido (23 Abril 1491) con 50.000 peones y 10.000 de á caballo, y Colón se traslada al campamento de Santa Fé á presenciar la caída del último baluarte que en nuestra católica España queda á la morisma.

Llega al fin el venturoso día (2 Enero 1492): la media-luna desaparece, y cuando Colón ve ondear la enseña de Castilla y el estandarte de la Cruz sobre la torre de la Vela, siente latir con violencia su corazón, presintiendo que tras de aquel glorioso trinfo está cercano el suyo; y, todavía no se había extinguido el eco del *Te Deum laudamus*, se presenta á los reyes y les exige, á la par que recursos para el descubrimiento, grandes privilegios para sí. Isabel considera éstos excesivos, y Colón, disgustado, abandona la Corte y se vuelve á la Rábida. Fray Juan Pérez interviene y entonces la gran reina, ante la perspectiva de la inmarcesible gloria de poder extender la luz del Evangelio y aumentar el brillo de su corona, decide, contestando á los que manifestaban la penuria del Erario: «si el Tesoro está exhausto empearé mis joyas.»

(1) Así lo dice Gonzalo Fernández de Oviedo.

Vuelve Colón, se le concede cuanto había exigido, y, provisto del título de Almirante para sí y sus herederos, y de otros muchos privilegios, parte (Abril 1492) con los fondos necesarios al puerto de Palos, dejando en la Corte a su hijo D. Diego al servicio del Infante D. Juan.

En Palos se asocia con los Pinzones, marinos hábiles y de mucho prestigio, hacen los aprestos convenientes y el 2 de Agosto estaba lista la escuadrilla para hacerse a la mar.

Apenas alboraba cuando Colón, los Pinzones y 120 compañeros purifican sus conciencias en el tribunal de la penitencia, fortalecen sus espíritus con el pan celestial, y oyen con fervor una Misa pidiendo al Altísimo les guíe y saque venturosos en la empresa que iban a emprender. Terminado este sublime acto, natural en aquella época de valor y fe católica, se hizo el embarque y, poco antes de salir el sol, las tres carabelas, la *Santa María* dirigida por Colón, la *Pinta* por Alonso Pinzón y la *Niña* por Vicente Yañez Pinzón, zarparon con viento favorable siendo despedidos los valientes que se aventuran en fragilísimas naves a cruzar la *mar tenebrosa* en busca de la solución de un problema, con lágrimas por sus deudos, con vivas por la multitud y con bendiciones por Fray Juan Pérez.

El 3 de Agosto de 1492, cuyo cuarto centenario hoy se cumple y celebramos los católicos por ser gloria nuestra exclusiva, es como la aurora que precede al gran día en que el ilustre Colón besa la tierra en acción de gracias a Dios y levantando los pendones de Castilla toma posesión de un nuevo mundo en nombre de los Reyes Católicos: del gran día que pudo lucir por la fe, perseverancia y grandeza de alma de seres extraordinarios, cuyos nombres están escritos con caracteres indelebles en el libro de la inmortalidad.

Raminucla.



EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y LAS FIESTAS CENTENARIAS



Si cualquiera que haya saludado con mediana atención las páginas de la historia patria, para mientes en el carácter que se está dando a las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América, echará al punto de ver que se ha falseado el que ante todo y sobre todo revistió aquel memorable acontecimiento para Cristóbal Colón y la Reina Católica; que maliciosamente se ha prescindido, echándole en el olvido, del espíritu genuinamente católico que tuvo, y que se ha empequeñecido, por tanto, su grandiosa significación en los fastos de la historia, sacrificándola en aras del espíritu liberal y sectario que anima en la casi totalidad de sus actos a los gobiernos del siglo XIX.

Porque sabido es hasta por los menos versados en estudios históricos que, al concebir Cristóbal Colón la gigantesca empresa de hallar un nuevo camino a las Indias Orientales, se propuso, como fin principal de su obra, extender más y más los campos de la Iglesia, buscando nuevos países en que difundir la luz del Evangelio, y sacar de las tinieblas de la idolatría a cuantas almas redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo hallase en su camino; y que destinaba la parte que en las riquezas descubiertas le correspondiesen, a otra empresa de no menos levantados vuelos y de tan eximia piedad, cual era rescatar del poder de los infieles el Santo Sepulcro de nuestro Redentor.

Y no es menos cierto también que la misma ardiente caridad cristiana animaba a la gran Isabel primera, que no tanto miraba la extensión de sus dominios y la grandeza de sus reinos, cuanto a la gloria de Dios y el bien de las almas, al prestar a Colón su valiosa ayuda, precisamente en los momentos en que sostenida por el mismo espíritu desterraba para siempre de nuestra patria el poder agareno, plantando sobre las torres de la Alhambra el estandarte de la cruz.

Pero ¿quién va a pedir a la sociedad atea en que vivimos, enemiga jurada de la Iglesia Católica y de sus glorias más legítimas que respete la verdad histórica, cuando de conservarla íntegra resulta un himno de triunfo para el Catolicismo?

Precisamente en nuestros días ha venido a recibir su complemento el célebre dicho del impío francés «¡calumnia, que

algo queda!» Porque hoy se calumnia a los sucesos y a los hombres de siglos que pasaron, no solo achacándoles cosas que jamás hicieron, sino muy singularmente atribuyéndoles fines en que nunca pensaron, o poniendo como objeto principal de sus empresas cosas que solo miraron sus autores como muy secundarias.

Con lo cual se consigue—y esto es el objeto que con todo acuerdo se proponen los que tal hacen—desfigurar completamente los sucesos y los hombres, y falsificando la historia, presentar a unos y otros bajo el aspecto que más conviene al liberalismo imperante, empequeñeciendo más ó menos unas veces las gigantescas figuras de nuestros siglos de oro, y levantando otras hasta las nubes a gentes que hicieron poco ó nada, pero en las que encuentran ó quieren encontrar sus progenitores los liberales de ogaño.

Y como la ilustración de la gran mayoría de los hijos del siglo de las luces no tiene otra fuente más pura que las columnas de los periódicos y las mesas del café, hete aquí que al poco tiempo se ha trocado, con esa propaganda, el sentido histórico de los acontecimientos para el vulgo de los *sábios*, que se encuentra hoy a puntapiés por esas calles de Dios, y que hacen daño incalculable con sus alarides de ciencia y sus pomposas declamaciones entre las gentes sencillas que le toman por oráculo.

Y no se vaya a sacar como consecuencia falsísima de lo que llevamos dicho, que miramos nosotros con malos ojos que España recuerde con júbilo sus glorias y las de sus preclaros hijos. Pues aunque creemos muy de veras que no estamos para despilfarrar los pocos recursos de nuestro exhausto tesoro en festejos y diversiones, sino para avergonzarnos de nuestro presente al compararlo con nuestro pasado, vemos siempre con gusto, como españoles de cepa antigua que somos, que aún quedan restos de nuestro espíritu nacional y que todavía volvemos los ojos para rendirles el merecido tributo de admiración, a nuestros grandes hombres, que siempre fueron católicos ante todo y sobre todo.

Pero no podemos llevar con paciencia, y protestamos hoy, y protestaremos siempre, contra el espíritu sectario y de partido, que tiende hoy con más fuerza que nunca a engañar al buen pueblo español, falsificando con notoria malicia los hechos y el carácter de los hombres más grandes de nuestra historia.

El Bachiller Gil Machuca.



PAGINA BRILLANTE Y GLORIOSA.

DIGNOS de loor, acreedores fueron siempre a la eterna memoria de los hombres aquellos ilustres varones que nacidos para realizar grandes y admirables empresas en el mundo social, intelectual y moral, reservóles la divina Providencia, que tanto reconoció al fin el consecuente Sócrates, días de indecibles satisfacciones por sus triunfos, ya de armas, ya de ideas tenazmente contrariadas, y horas tan tristes como el pensamiento de la muerte, con la doble ventaja de hacer a los hombres sobrios en el gozar, y activos hasta el sacrificio en la ejecución de sus pensamientos, cuando los impulsa la idea del engrandecimiento civilizador, como aspiración natural y legítima del ser humano, descollando en la generalidad de los acontecimientos esta indiscutible verdad: *Nemo está el mundo de gloria, vacío de felicidad.*

Todos los siglos hacen su lento, pero ruidoso desfile, dejando a los venideros monumentos de universal admiración é imprimiendo por modo necesario en la conciencia humana los caracteres que ostentarán ante las generaciones esta sublime idea canonizada tantas veces por los oradores del progreso: el hombre es perfectible y en su consecuencia irá remontando su vuelo en alas de la inteligencia, hasta que complete con su poderosa actividad los planes de Aquel por quien se mueve, en quien vive y por quien es en este inmenso laboratorio del mundo, objeto secundario, eso sí, de sus constantes lubricaciones, porque el primario será siempre Dios, principio y fin de las mismas, y es como adquieren aquél brillo, aquella magestad, toda la grandeza de que es capaz la inteligencia.

Progreso que no lleve al Ser infinito, al origen y fuente de toda perfección es si adelantado, pero mecánico, material, frío, privado de aroma y poesía, como se presentan con estos ricos y preciosos encantos, cuando los inspira el sentimiento cristiano, la religión, carácter de que no despojaron nunca a sus producciones los griegos, quienes no solo apreciaban la belleza material, sino que estimaban en la misma proporción la del espíritu, y por esto «Herodoto, Pindaro y Corina recibieron entusiastas aclamaciones de todo un pueblo. Y por esto también la religión contribuía a fomentar las bellas artes, presentando los dioses con semblante y pasiones humanas, ennoblecidas hasta lo sublime de donde vinieron a ser sus templos más que

sitios de devoción, monumentos artísticos y nacionales.» (1)

¿Por qué los templos del politeísmo romano fueron tan severos como grandiosos? Por la misma razón que lo son nuestras bellísimas catedrales. Esta ventaja lleva siempre lo ideal sobre lo real, y por abrazar nuestros hombres lo real, repudiando lo ideal, hay en estos tiempos tanto materialismo, atmósfera que se respira en la cátedra, en la academia, en el Paraninfo, como hace pocos días realizaba un nuevo miembro con vivísimos colores lo real apoyando sus razones—mejor diría, fijando sus juveniles ojos en la naturaleza, bajo formas bien delineadas, excitantes de groseros apetitos—y en el taller y en la paleta y en el buril, en la escultura y en el grabado, de una vez lo diré, hoy la belleza artística está en la pornografía.

Hemos, pues, descendido de la altura del ángel al nivel del bruto. ¿Quién es el culpable de tamaño delirio? El espíritu de las leyes que ha enervado las energías y facultades del espíritu, dando forma a las escuelas.

Inspirados en el fondo de las verdades superficialmente enuncia las, y queriendo llevar a su emporio al espíritu humano, Filipo el macedonio, Cesar emperador romano y señor del mundo, Cristóbal Colón descubridor de las Antillas enriqueciendo a España, y los dos Colosos de Francia, padre é hijo Napoleón primero y tercero, cumplieron bien, no todos, por ciertos perjuicios dignos de censura cerca del Papa, su misión sobre la tierra, ya ensanchando sus dominios, ya favoreciendo las ciencias, protegiendo las artes y mirando con preferencia los intereses religiosos, a cuya sombra todo es floreciente, bello y hermoso, como que tuvieron por cuna el delicioso paraíso del Eden, rodeados de divina y encantadora poesía, y si esta dulce armonía no entra como elemento integrante y principal de los pueblos, la vida no es vida, sino incesante morir.

Pero, ¡oh dolor, oh ingratitude de los hombres, cuán pronto se olvidan de los beneficios de que llenaron sus manos el sacrificio, la rectitud y el heroísmo de los que sin temor al puñal, al plomo homicida, sin cobardía ante la envidia forjadora de viles y criminales tramas y sin miedo a la furiosa y rugiente tempestad se lanzan al peligro, más por el bien de su patria, superior a todas las dichas, que por los resplandores de la gloriol.

El valiente, pero más que valiente, el reflexivo padre de Alejandro, deseoso de unificar los ánimos tan mal avenidos, de los tracios, atenienses, tébanos y de cuantas ciudades constituir en la orgullosa, pero ilustradísima Grecia, redujo a esta brillante nación bajo su dominio paternal más que despótico, clemente y conciliador más que sanguinario, y cuando el nombre de Filipo era comparado al de los dioses, cuando los oradores de más fama cantaban sus virtudes, el puñal alevoso de su favorecido Pausanias le dejó gozar a medias sus profundas alegrías en los comienzos de un festín.

Roma, la Señora del mundo que tenía el padron de Africa, Francia, España, Portugal con el Oriente y otros países, siéndola tributarias estas vastas regiones llevando el yugo de su poder, tuvo por jefe al simpático César, amante del estudio y de las armas, querido hasta la reverencia por los romanos; pero las intrigas senatorias, las envidias traducidas por venganzas, las glorias de sus laureles cegaron los ojos de sus mismos favorecidos y en pleno senado ante la estatua de Pompeyo vencido en Farsalia, cayó mortal al suelo herido por Bruto, recibiendo por su valor los plácemes de los P. P. C. padres de la patria y el entusiasmo del pueblo....

Francia era corona muy chica para ceñir la frente de Napoleón I y su tendencia desde luego, y en medio de tristes ruinas, en pos del cadalso de un rey justo y pio y tras arroyos de sangre inocente y fiel a su vocación, empuña valeroso las riendas de la nación, y haciendo brillar su espada en cien combates vencedora, forma los mismos designios del fundador de Alejandría y el que izó el pabellón francés en las pirámides de Egipto, el que entró triunfante en Moskou, el Corso, fué preso por los ingleses y llevado a la isla de Santa Elena, muerto invenciblemente al mundo y en camino de la eternidad, donde rodeado de triste soledad acabó sus días.

¿Pues qué habré de decir de su hijo Napoleón III? Valiente, astuto y sabio monarca subió al trono, izado de gravísimas resistencias y dificultades en plena república, que merced a las buenas dotes de inteligencia y gobierno, supo suavizar los ánimos, ganándose las oposiciones. También fué vencedor en varios encuentros, hasta que sacrificando su amor propio y cediendo a los consejos del orgullo, frente ya ante el ejército prusiano sufrió la humillación más vergonzosa que pudo amargar la vida de los reyes de todas las edades, entregando su espada en manos del vencedor.

Grandes, bellísimos cuadros nos traza la Historia con su claro oscuro para, como contraste que le da aquel realce embelesante con que el pincel divino nos anima, lea en ellos el hombre medianamente pensador, y saque consecuencias tan útiles como provechosas en el ejercicio de sus funciones, y magnífique en todo la sabiduría y providencia de la causa suprema, el dedo de Dios que imprimía su irresistible poder en los grandes como pequeños sucesos del mundo.

Pero si dignos de mención he considerado, entre otras arrogantes figuras que han llamado la atención de las naciones por su pericia y valor militar que también merecen mi recuerdo, a los singulares personajes que tanto enriquecen los ya trazados cuadros históricos por las circunstancias tan brillantes y a la vez tristes que concurrieron a su altísima representación al frente de los carísimos intereses de la patria, si al lado de glorias tan ilustres como placenteras y satisficaciones prolongadas vemos horribles desencantos y escenas horripilantes; si siendo vencedores y famosos caudillos, los vemos desaparecer rápidamente del mundo al que han embelesado con su extraordinario mérito, consecuente será afirmar: *de glorias está lleno el mundo, vacío empero de felicidad, caracteres indelebles que también sobresa-*

(1) César Cantú.

lieron en la inaudita y portentosa empresa del nunca suficientemente alabado y por todos bendecido Cristóbal Colón, en lo que parece que el dedo de Dios juntamente con los profundos conocimientos geográficos y matemáticos que poseía, guió su inteligencia, dió constancia y resignación al sabio y siempre admirado genovés.

No se armó de la loriga y del capacete; no conmovió la tierra; no se vió rodeado, como otro Alejandro, de imponentes ejércitos; no le enorgullecieron las bayonetas y trenes de combate, como al primer Napoleón, para ceñir su frente con el laurel de la conquista; no tuvo que pasar el sitio peligroso de las Termópilas, como Filipo; pero ¡ah! Su empresa contenía en su fondo más interés, más valor, mayor gloria, y alcance más elevado sobre toda ponderación, que la conquista de Atenas, del Oriente y Occidente, hasta del Egipto y otros países.

Tuvo que luchar a cuerpo partido con la bravura y soberbia de inmensos mares; no abrigaba su hermoso corazón propósitos encarnizados de revancha; no vertió la sangre de miles inocentes; su voluntad, sus intenciones, sus fuerzas de cuerpo y alma las consagró al combate de las imponentes olas del Atlántico, en busca de un Mundo desconocido, para gloria de Dios, de España y de la ilustración, fiado totalmente en brazos del que un día anduvo por las aguas, que imponían miedo al firmamento, y en mil ocasiones zozobró su bajel, poniendo en riesgo la vida de la tripulación que, presa de una total desconfianza en las promesas del ilustre marinero, le insultaban y le improperaban, haciendo la travesía por el mar occidental tan sufrido y paciente como Job, cual otros Eliphaz de Theman, Baldad de Suhá y Sophar de Naamath, que pusieron a prueba, no ya su acrisolada virtud y fe, sino la convicción que llevó a lo profundo de su alma la solución de problemas tan claros y evidentes ante su privilegiado talento iluminado por los principios de la ciencia que demostró, para conseguir su intento por todos recelado (1) ante la magnánima, virtuosa y católica reina Isabel, que, gracias a los frailes, mal que pese a los detractores de las órdenes religiosas, escuchó al sabio matemático, y supo poner a disposición del mismo el importe de sus alhajas que vendió.

¡Isabel! ¡qué reina! En memoria de estas y otras pruebas de su reflexión y dotes de talento en bien de la Iglesia y de España, al levantar su sepulcro dijo un piadoso escritor "que su epitafio debería adornarse con cruces, ruecas y agujas, mitras lanzas y cetros, como emblemas que se hermanaban con la fortaleza y piedad de tan gran reina."

¡Qué tiempos! Fueron tan prósperos en todo orden de cosas en España, porque la sabiduría y ciencia de la Iglesia era muy atendida y solicitada por los monarcas, y por eso prosperó la fe, fueron tan puras las costumbres, el Erario adquirió con las riquezas del nuevo mundo plétora de plata y oro, las artes se perfeccionaron, se enriquecieron las joyerías, el Estado obtuvo en Europa una preponderancia, cual nunca pudo soñar, porque las Américas halladas exactamente por el atrevido piloto la dieron un aumento de riqueza y población inmenso, y cosa digna, en nuestros tiempos de glacial indiferentismo, de tener muy en cuenta allí donde ondeaba la bandera española, derramaba su benéfica luz la verdad evangélica; allí donde lucía el retrato de los reyes católicos, se levantaba la cruz del Redentor, significando este consorcio, que si los reyes y los gobernantes son dignos del profundo acatamiento del ciudadano, Dios debe serlo también, su religión y sus ministros, que en nombre de Cristo, símbolo de la caridad y de la libertad cristiana que ennoblece al hombre, plantan para la salvación temporal y eterna de los pueblos; pues sin el lábaro de Cristo, sin su religión, sin creencias—ya lo he dicho y lo prueba la experiencia—la vida no es vida, sino incesante morir. Allí en fin donde se erige un Municipio, se levanta la casa de Dios.

¡Qué siglo tan fecundo en regocijos para España! ¡Bendita reconquista! Los moros con su media luna son por la fe y su unidad, lanzados por completo: nuestros reyes reciben el glorioso título de «católicos». Las armas españolas se coronan de gloria: el sosiego y la paz se siente en toda su redondez; la ciencia prueba que entre la razón y la fe no hay conflictos, que por el contrario marchan como dos hermanas asidas de las manos: el renacimiento en todo brota espontáneo, y la arquitectura y la pintura se elevan por su gusto é inteligencia hasta la admiración: San Ignacio de Loyola funda su compañía, ejército formidable contra el protestantismo que se entraba por las puertas de España para arrancar de nuestro corazón la fe de Jesucristo, y que cual centinela avanzado vigila sin miedo el campo enemigo; y el mundo católico respira con libertad, y con preferencia España con las resoluciones dogmáticas habidas en Trento donde se consagraron 472 Obispos y Doctores para condenar las doctrinas de Lutero y Calvino.

Y en medio de tanto alborozo, Cristóbal Colón sufre las amarguras que la envidia y la calumnia producen cuando se ceban en personas honradas, en almas magnánimas, en corazones tan generosos, y en héroes tan elevados como el que es objeto de nuestras aclamaciones, de nuestros vivas, de las alabanzas en las ciencias, en la literatura y en las artes, en memoria al nombre del que tiene y tendrá, en la sucesión de los siglos, reservada en nuestra historia una página tan brillante como gloriosa.

¡Llor, pues, vivas entusiastas al inmortal Colón!

I. J. P.

(1) El Senado de Génova le tuvo por loco; Juan II de Portugal, por visionario, no sin antes ensayar el viaje un comisionado suyo que aburrido y desconcertado en medio de los mares, se volvió desengañado a Portugal.



EL CENTENARIO

El gran acontecimiento de fin de siglo se acerca. El cuarto centenario del descubrimiento de América es sin disputa un suceso español de gran alcance, para cuya celebración se preparan todas las iniciativas del país.

El principal detalle de esas grandiosas fiestas será el viaje de la carabela *Santa María* del Puerto de Palos de Moguer á América.

El itinerario se halla ya fijado salvo las eventualidades imprevistas que pudieran surgir.

Puesto que el Gobierno español intenta hacer un simulacro del homérico viaje de Cristóbal Colón, bueno hubiera sido ajustarse en cuanto posible fuera á la verdad de aquel extraordinario viaje.

La ilusión perfecta para los americanos al arribar á aquellas costas las carabelas de Colón, sería ver en sus tripulantes á los españoles de aquella lejana época, con sus trajes, animados por idéntico espíritu religioso, y esto se hubiese conseguido á costa de pocos esfuerzos.

Los nombres de los compañeros de Colón nos son conocidos, qué de particular fuera que se diera preferencia como tripulantes de las nuevas carabelas á sus descendientes? Si las carabelas que mandó Colón surcaron desconocidos mares más bien al impulso de la fe religiosa que fortalecía su alma, que merced al viento que henchía las velas qué de particular tiene que se procure que los nuevos tripulantes estén animados por el mismo espíritu que aquéllos excluyéndose á todos los que antes de embarcarse no hicieron solemne protesta de fe religiosa y de adhesión á la Iglesia.

Peró en el Ministerio de Marina se halla el h. Beranger, y aquellos deseos son quimeras, ilusiones y á América navegará la *Santa María* sin que en ella tal vez se reze el Santo Rosario, devoción que fortaleció á los compañeros de Colón.

La *Santa María* se hallará fondeada en Huelva, el día 2 de Agosto próximo, en cuyo día, y á la misma hora en que salió con la suya Colón, abandonará aquellas aguas, pasando la barra Salte y tomando rumbo hácia las cercanías de Cadiz, imitando así el plan de viaje que practicó la carabela del almirante.

En el mes de Octubre se agregarán á la *Santa María* la *Niña* y la *Pinta*, que serán dotadas de gentes pertenecientes á la primera, y que estarán á las órdenes del jefe de la expedición, señor Concas.

Después de las fiestas de Huelva, la *Niña* y la *Pinta*, escoltadas por dos buques norte-americanos, irán á la Habana.

Así se expresaba nuestro querido compañero *El Alicantino*, en su número perteneciente al día 27 del pasado mes de Junio, y en verdad que bueno hubiese sido que al hacer el simulacro del viaje de Colón, no se echasen en olvido cosas tan dignas de tenerse en cuenta como las que menciona nuestro citado compañero.

Levántese un poco más arriba la vista, y sean estas festividades lo que ser deban, y que exijen la razón y la justicia; que no impere la mano del sectarismo más ó menos manifestado ó disfrazado, no sea que ciertos puntos, más negros que de ningún otro color, empañen y afeen el verdadero cuadro que debe representar este centenario.

Más tememos que no se levante la vista y que se echen en olvido cosas dignas de tenerse en cuenta, pues ese llamado «espíritu de la época» todo lo prostituye.

Y nuestro temor es fundado, pues ya tenemos pruebas á la vista, si bien por el gobierno se ha prescindido de lo que hemos visto de *El Alicantino*, en la Exposición Regional Extremeña, á la par que se verán productos debidos á la laboriosidad é ingenio de esta hermosa región, se exhibirán cuadros que toda persona moral y religiosa tiene que retirar la vista de ellos. Acaso en otra ocasión, digamos algo más.

Así, pues, basta por hoy.

A. J. y B.



Á ESPAÑA

EN EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

España, patria mia,
Da treguas al dolor que te rodea
Y muestra los blasones de la gloria
Que alcanzaste otro día
Y con orgullo muestra nuestra historia;
Que el Mundo todo vea

Que eres también hermosa
Vistiendo de tus galas los girones,
Y en la cumbre fragosa
De los Andes, do invictos tus pendones
Clavaste con valor, resuene al viento
De canción patriótica el acento.

Levanta en un esfuerzo soberano
Tu voz de las naciones respetada,
Desde los mares donde su alborada
Presenta el astro Rey en la mañana
Hasta el ancho Océano.
Do en tupidos celajes de oro y grana
Esconde el Sol al día;
Levanta ¡oh patria mia!
Tu voz, canta tu gloria,
Que mil pueblos recuerdan tu memoria
El Mundo americano
Hoy tu nombre pronuncia alborozado,
Porque es suyo también y le bendice,
Que le amparó tu manto soberano
Un período felice
Y á su sombra se vió civilizado.

¿Quién cantará la hazaña
Que admiraron los siglos? ¿quién la empresa
Que acometió la España
Llegará á celebrar con alma lira?
Mi mente allá se inspira,
La heroica Musa me dara su acento
Y al mundo llevaré mi pensamiento.
Cuando cayó de la ciudad morisca
La antigua fortaleza
Y el aspera braveza
Del agareno se rindió á Castilla,
Un pobre peregrino
Del Genil á la orilla
A sus labios llamó nûmen divino
Y pronunció este augurio
Que repitió el torrente en su murmurio.
—¡Oh pueblos y naciones!

Allende el Océano existe un Mundo,
Si heroicos corazonos
Arrostrarán las olas del profundo,
Un nuevo continente allí escondido
Surgirá á nuestra vista agradecido.
Absorta enmudeció la Europa entera
Solo de España el corazón grandioso
Ardió en deseos de buscar el Mundo.
Entonces de aquel nûmen misterioso
De nuevo se escuchó la voz postrera.
—Surca pronto el profundo,
Coja el timón tu mano
Y venga á tu poder el Océano;
Porque tu inmensa gloria
Traspasará las playas y fronteras
Y eternamente vivirá en la Historia.
Tus fuertes naves correrán veleras
De Oriente hasta Occidente
Y ornará de laurel tu augusta frente.
—Así dijo, y las naves castellanas
Arrostrarán las furias de los mares.
El español marino
Abrazado á la Cruz, pendón divino,
Abandonó á sus Lares.
Bramaba el huracán, rugía el trueno,
Las ondas del profundo se irritaron
Y detenes probaron
El empuje español de audacia lleno:
Mas cómo contrariar tan brava hazaña
Y esfuerzo generoso
De los inclitos hijos de la España?
Allá van á buscar un Continente
Que en sueño luminoso
Se forjara Colón su gran caudillo,
En cuya augusta frente
Brilló la luz del genio: no los guía
La esperanza tal vez de algún tesoro,
No llevan sed de goces y de oro;
Pensaron que algún día
El nombre de su Patria resonara
En lejanas regiones
Y allí se respetara,
Y sintiendo la fe en sus corazones,
Quisieron trasplantar el Arbol santo
Que brota siempre y crece
Doquiera que haya luz y no fenese.

Irán saludar las playas lejanas
En el nombre de Dios y de su Patria,
A aquellas tribus llamarán hermanas,
Borrarán su barbarie y su braveza
Y les darán tesoro el más preciado
Por ellas no encontrado,
La fe de Cristo, ilustración, grandeza.

Ceja ya ¡oh tempestad! en tu combate
Calma tu furia ¡oh viento!
Que resistes en vano
Al valor español que no se abate.
Dejad que España surque el Océano
Y realice su noble pensamiento,
Y su misión grandiosa
Como nación heroica y generosa.

Y encontraron el mundo deseado
Del mar entre las brumas escondido
Un mundo allí sumido
En la ignorancia de centurias ciento,
Y en el culto sangriento
De un dios que le tenía esclavizado
Se plantó allí la Cruz y se sembraron
Las artes españolas y la ciencia;
Y América, cual tierra agradecida,
Produjo ópmos frutos enseguida,
Virtudes que asombraron,
Sabios ilustres cuya fama dura,
Pudiendo ya decir «aquella tierra,
Tan vieja cual las olas del profundo,
—Llena estoy de ventura,
Porque española fui, soy Nuevo Mundo.—
Entonces contemplaron las naciones
El milagro más grande de la Historia
Mil y mil corazones
Sentir la misma fe, la fe cristiana,
Hablar la hermosa lengua castellana
Mil pueblos á la vez: á España gloria,
Que supo así hermanar con blando abrazo
Y unir ya para siempre en fuerte lazo
A pesar de las furias del Océano
Al viejo ibero, al nuevo americano.
¿Quién se atrevió á manchar con vil veneno
La honra imaculada
De la nación más noble y generosa?
¿Quién abrigó en su seno
La envidia pavorosa
Por la empresa más grande y acabada?
¿Quién osó calumniar nombre sagrado?
¡Oh nación española! cuando un día,
Como el cedro en el libano asentado,
Ostentabas tu invicta fortaleza,
Y tus leyes la Tierra obedecía,
Y tu cetro brillaba en su pureza,
Medrosos los potentes se humillaron,
El trono de tus glorias adoraron,
En silencio tus émulo cayeron
Y serviles corrieron
Tras el carro triunfal de tu grandeza;

Mas hoy que los rigores de la suerte
Se cebaron en tí, noble matrona
Tus enemigos manchán tu corona,
Y piden para tí alevosa muerte.
¡No humillación, no muerte solapada!
Otra vez lucirá la inmensa gloria
Del Sol de España en la sublime esfera;
Y en su triunfal carrera,
En la playa apartada.
Oír cantar mil himnos de victoria.
¡Oh América! si algún pueblo alevoso
Te quisiera alejar de tu destino,
No olvides que ese árbol tan frondoso
De tu prosperidad plantole un día
Esta noble Nación, la Patria mia.
¡Oh pueblo americano,
Eres hijo de España, eres mi hermano!

Angel Perez Cortés y Garcia-Camaelo.



Crónica de Badajoz.

Quando estas líneas se publiquen, ya estará inaugurada la Exposición Regional, que ha de patentizar á los ojos del mundo lo que somos y lo que valemos como pueblo rico en sus producciones, fecundo en hombres de ciencia, adelantado en artes é industria, floreciente en letras.

Así pensaba yo y así escribía, cuando vino á interrumpirme la visita de un excelente amigo, con quien, después de los saludos de ordenanza, entablé el siguiente diálogo:

—Supongo que viene V. del local de la Exposición.

—Supone V. muy bien: de allá vengo con algunas ilusiones perdidas y con el sentimiento de ver que, á despecho de las indicaciones hechas en el número anterior de LA LID, no ha desaparecido, ni desaparecerá lo que no es digno de tal lugar y ha sido objeto de las censuras mas justificadas.

—Alude V. á los cuadros que, según se dice de público, representan escenas que tiran á ridiculizar la clase más respetable de la sociedad, lastimando las creencias religiosas y ofendiendo el pudor y la moral de los que se acercan á contemplarlos.

—Sí, señor, aludo á esas obras, degradación marcada del arte divino que inmortalizó á Rubens y Murillo, á Zurbarán y Velazquez con otros mil génius cuyos nombres graba la Historia en páginas de oro.

—Todo ello es ciertamente grave; pero en esas obras que en su composición á V. con tanta razón repugnan, habrá bellezas artísticas, grandes vuelos del génio, si quiera sea del génio del mal.

—Lo indecente nunca es bello, amigo mio, y no puede levantar vuelos el arte cuando ha empezado empapando sus alas con el cieno del vicio. Así que los cuadros á que aludo, ni por su composición ni por su colorido merecen estar en una Exposición de artes, como no podría concebirse un cerdo viviendo en familia con seres racionales.

—Es verdad, y mientras más lo pienso menos lo entiendo. En la comisión receptora figuran personas de indiscutible moralidad y de muy claro entendimiento.

—Pues sin embargo.

—Y el poner en caricatura la clase sacerdotal, según deduzco de sus palabras de V. era hasta ahora privilegio de ciertas publicaciones reprobadas por todo hombre de mediano sentido moral y religioso.

—Cierto.

—Y las leyes condenan y las autoridades celosas persiguen esa propaganda que deshonra á la generación presente.

—Indudable.

—Y ahora mismo, según he visto en la prensa, el Ministro de la Gobernación ordena á sus subordinados que recojan los escritos y grabados pornográficos é inmorales.

—Evidente. Pero sin embargo... llovía. Y yo, para no mojarme con aguas tan sucias, prometo á V. no volver á pisar los umbrales de la exposición é impedir que mis hijos los pisen, si antes no se toma una medida radical contra esa imprudencia temeraria.

—Por ejemplo....

—Por ejemplo, llevar todos esos cuadros á un departamento aparte, cerrado con llave y poner sobre la puerta en letras muy gordas el siguiente anuncio:

SECCIÓN DE PORQUERÍAS.

Me parece de perlas la idea de V. y á mi ver le aseguro seguir su misma línea de conducta y hacer en favor de ella la más activa propaganda.

Así terminaba el diálogo y se despidió aquel buen amigo, dejándome una impresión harto desagradable. Con el objeto de disiparla, púseme á leer el Programa de festejos, primorosamente editado, por cierto, en la tipografía de Uceda Herma-

nos, á fin de dar cuenta de ellos á los lectores de LA LID, supuesto que este número se dedicará exclusivamente al Centenario; pero veo que es imposible, dada la extensión que tiene ya esta revista. Así, pues, en globo, diré que hay toros, bailes, gimnasia, música (mucho música), *traganúes* por las calles para diversión de los *infinitos*, reparto de pan, funciones de teatro, premios, banquetes, procesión cívica y cuantos festejos ha creído la Comisión adecuados á honrar la memoria del ilustre marino que descubrió un mundo, llevado de su fe religiosa y la de los héroes que conquistaron aquel inmenso y riquísimo país, abriendo sus puertas al misionero cristiano portador de la verdadera luz y de la verdadera felicidad de tantos millones de almas sumidas en las tinieblas del error y en los excesos de la idolatría. Misioneros que se sacrifican por el bien de los indios, que los defienden de los vejámenes de sus opresores y siembran allí el germen de una civilización que se eleva á la sombra de la cruz hasta la altura en que hoy la contemplamos.

Ellos, más que los guerreros, fueron los que aseguraron el poderío de España en aquellas remotas regiones. A la religión y á los ministros se debe principalmente el resultado de la conquista; y esos ministros y esa religión recibe en pago el honor de ser puestos en ridiculas caricaturas en una Exposición española. Dicho esto, falta ya aliento para continuar, y cierro esta crónica sin añadir un solo comentario.

En prensa ya el periódico, que anticipa un día su salida para coincidir con la apertura de la Exposición, acabo de saber que serán retirados los cuadros objeto de este escrito, porque así lo ha prometido el digno Presidente de la Comisión. En la imposibilidad, pues, de suprimir tan á última hora los anteriores párrafos, y tributando el homenaje debido á la justicia, sirvan estas líneas para tranquilizar á los espíritus alarmados, y para dar un sincerísimo parabién á los individuos de la citada Comisión, y á cuantos han intervenido en este asunto, ya directa, ya indirectamente.

El Corresponsal.

Sección religiosa.

SANTORAL.

Jueves 4.—Ss. Domingo de Guzmán, cf. y fd.; Aristarco, ob. y m.; Tertulino y Eleuterio, mrs., y Perpétua.

Viernes 5.—Nuestra Señora de las Nieves y Ss. Afra, m.; Cantidio, y cps. mrs.; Casiano, ob., y Nona.

Sábado 6.—La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. Ss. Justo y Pastor, hs. mrs.; Sixto II, p.; Estéban, y cps. mrs.

Domingo 7.—Ss. Cayetano, cf. y fd.; Donato, ob. y m.; Pedro, Julián, y cps. mrs., y Alberto, cf.

Lunes 8.—Ss. Ciriaco, Largo y Esmaragdo, y cps. mrs.; Millán, ob.; Severo, pbro.; y el B. Pedro Fabro, S. J., cf.

Martes 9.—Ss. Román, Secundiano, Marcelliano y Veriano, mrs., y Domiciano, obispo.

Miércoles 10.—Ss. Lorenzo, diác. y mr.; Asteria, vg. y mr.; Basa, Paula y Agastónica, vgs. y mrs., y Deodato.

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Intención general para el mes de Agosto.

Las Iglesias de América

Oración cotidiana para este mes.

¡Oh Jesús mio! Por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco en especial, para que entre los fieles del Nuevo Mundo se desarrolle incontestable el espíritu católico que animaba á Colón y á los primeros conquistadores.

Propósito

Emplearse en descubrir el origen de nuestras propias faltas, y poner remedios eficaces para extirparlas.

Badajoz.—Tip. de Gaspar Hermanos.